

na. Entre tanto el anciano rey de Aragon, acompañado del príncipe Fernando, con su actividad ordinaria se habia hecho dueño de puntos importantes en el territorio sublevado, rindiendo sucesivamente á Lérica⁴⁰, Cervera, Amposta⁴¹, Tortosa y las plazas mas importantes del Mediodía de Cataluña. Muchas de éstas estaban bien reparadas, y la mayor parte fueron defendidas con una resolucion que hubo de costar al conquistador grandes sacrificios de tiempo y de dinero. D. Juan, como Filipo de Macedonia, se servia del oro todavía mas que de las armas para la rendicion de sus enemigos; y bien que en algun caso se arrojase á actos de venganza, en general su tratamiento á los que se le sometian era generoso y juntamente político. Su competidor D. Pedro, sobre haber traído escaso auxilio de extranjeros en apoyo de su empresa, no habia logrado ganar el afecto de sus nuevos súbditos, y como las operaciones de la guerra se conducian por su parte con mucha languidez, parecia que todo el principado iba á caer de nuevo bajo el dominio de su antiguo señor. En tanto el príncipe portugués enfermó de calenturas, de cuyas resultas murió á 29 de Junio de 1466. Este suceso, que parecia á propósito para traer á remate la guerra, vino á ser al fin la causa de su prolongacion⁴².

Bien parece que al principio dió á D. Juan ocasion oportuna para abrir tratos con los alzados; pero éstos continuaban tan resueltos á defender su independenciam, que el consejo de Barcelona condenó á dos ciudadanos principales, de quienes se tuvieron sospechas de de-

40 Esta ciudad fué teatro de Julio César en sus guerras con Pompeyo. Véase su ingeniosa maniobra militar narrada por él con tanta sencillez en sus Comentarios (De Bello civili, t. 1, p. 54), y por Lucano (Pharsalia, lib. 4) con sus hipérboles acostumbradas.

41 El frío era tan intenso en el sitio de Amposta, que, segun refiere L. Marinero, bajaron de las montañas serpientes de enorme magnitud á refugiarse en el campamento de los sitiadores: se oyeron muchas veces por las noches voces portentosas y sobrenaturales. A la verdad, parece que era tan grande la

supersticion de los soldados, que estaban dispuestos á ver y oír cualquiera cosa.

42 Faria y Sousa, Europa portuguesa, t. II, p. 390.—Alonso de Palencia, MS., parte 2, cap. 60, 61.—Castillo, Crónica, pp. 43, 44, 46, 49, 50, 54.—Zurita, Anales, t. II, fol. 116, 124, 127, 128, 130, 137, 147.—Monsieur La Clede dice que apenas llegó "D. Pedro á Cataluña, fué envenenado." (Historia general de Portugal (Paris, 1735), t. III, p. 245.) Debió de ser con un veneno muy lento, porque llegó á 21 de Enero de 1464 y murió á 29 de Junio de 1466.

feccion á su causa, á ser decapitados públicamente, y negó tambien la entrada en la ciudad á un enviado de las córtes de Aragon, mandando que los despachos que traía de aquel cuerpo se rasgaran en su presencia.

Los catalanes pasaron entonces á elegir para el trono vacante á Renato de Anjou, llamado el Bueno, hermano de uno de los que fueron aspirantes á la corona de Aragon despues de la muerte de D. Martin; cuyo sobrenombre de *Bueno* da á entender un mando mucho mas provechoso para los súbditos, que el que significa el título mas ambicionado é imponente de Grande⁴³. Este rey titular de media docena de imperios, en los cuales no poseia un palmo de terreno, era muy avanzado en años para tomar sobre sus hombros tan peligrosa empresa; y en su consecuencia la confió á su hijo Juan, duque de Calabria y de Lorena, que en sus novelescas expediciones al Mediodía de Italia habia ganado una reputacion de valor, cortesania y caballerismo, en nada inferior á la de ningun otro de su tiempo⁴⁴. Multitud de aventureros acudieron á ponerse bajo las banderas de un adalid, cuya vasta herencia de pretensiones le habia familiarizado con la guerra desde la niñez; y así se vió muy pronto á la cabeza de ocho mil hombres de tropa efectiva. Luis XI, aunque no ayudara directamente á su empresa con auxilios de gente ni de dinero, consintió en favorecerle, abriéndole paso por las montañas del Rosellon, que entonces estaban en su poder, y facilitándole de este modo entrar con

Los catalanes ofrecen la corona á Renato de Anjou.

43 Sir Walter Scott en su "Ana de Geierstein" ha puesto en todo su realce el lado ridículo del carácter de Renato. Sin embargo, la aficion de aquel buen rey á la poesia y á las artes, aunque se manifestara á veces en ridiculeces pueriles, llevaba gran ventaja á los groseros apetitos y funesta actividad de la mayor parte de los príncipes contemporáneos suyos. Al cabo el mejor tributo á su mérito fué la afectuosa adhesion de sus súbditos. Ha escrito su biografía con todo esmero y diligencia el vizconde de Villeneuve de Bargemont (Historia de Renato de Anjou, Paris, 1825),

aunque entrando en mas detalles de los que acaso hubieran deseado Renato ó sus lectores.

44 Comines dice de él: "A todas las alarmas era el primer hombre armado, y siempre dispuesto con todos los arreos y su caballo. Llevaba un traje que tales gefes llevan en Italia, y parecia príncipe y gefe de guerra; y tenia tanta superioridad como Monseñor Charolois, y le obedecia toda la hueste de mejor voluntad, porque á la verdad era digno de ser honrado." Felipe de Comines, Memorias, en Petitot (Paris, 1826), lib. 1, cap. 11.

PARTE I. todas sus tropas reunidas por la parte del Norte de Cataluña⁴⁵.
 Desgracias y apuros de D. Juan. El rey de Aragon no podia oponer una fuerza capaz de contrarrestar á este formidable ejército. Su tesoro, siempre escaso, habia quedado del todo exhausto con los extraordinarios gastos hechos en las últimas campañas. Así que, cuando el rey de Francia, ya fuese disgustado con la larga duracion de la guerra, ó por secreto afecto á la empresa de su súbdito feudal, negó al rey D. Juan los subsidios prometidos, el último monarca, apurados ya todos los medios de empréstito y de exacciones, se vió en la imposibilidad de reunir el dinero necesario para pagar á sus tropas y proveerlas de vituallas. A esto se juntó el verse envuelto en otra disension con el conde y la condesa de Foix, que ansiosos de tomar cuanto antes la soberanía de Navarra, que se les habia asegurado para despues de la muerte de su padre, amenazaban con una rebelion semejante á la que D. Juan experimentó de parte de D. Carlos, aunque con pretestos mucho menos plausibles. Para colmo de desventuras, D. Juan, que habia padecido mucho de los ojos por su esposicion á la intemperie y por las largas fatigas del sitio de Amposta en lo mas crudo del invierno, perdió enteramente la vista⁴⁶.

En este apuro su intrépida mujer, poniéndose á la cabeza de las fuerzas que pudo reunir, pasó por mar á las costas de levante de Cataluña, y sitió en persona á Rosas, y contuvo las operaciones del enemigo con la toma de diferentes plazas menores, mientras que el príncipe Fernando, que se le juntó delante de Gerona, obligó al duque de Lorena á levantar el cerco de aquella importante ciudad. Pero faltó poco para que á Fernando le costara bien caro su ardor guerrero; porque en un encuentro casual con una partida mas numerosa del

45 Villeneuve Bargemont, Historia de Renato, t. II, pp. 168, 169.—Historia de Luis XI, llamada por otro nombre la Crónica escandalosa, por un escribano del ayuntamiento de Paris (Paris, 1620), p. 145.—Zurita, Anales, t. IV, fol. 150, 153.—Alonso de Palencia, Crónica, MS., parte 2, cap. 17.—Palencia hace subir con exageracion el número de los franceses que estaban al servicio del duque de Lorena hasta 20.000.

46 L. Marineo, Cosas memorables, fol. 139.—Zurita, Anales, t. IV, fol. 148, 149, 158.—Aleson, Anales de Navarra, t. IV, pp. 611, 613.—Duclos, Historia de Luis XI (Amsterdam, 1746), t. II, p. 114.—Memorias de Comines, Introduccion, p. 258 en Petitot.

enemigo, su caballo cansado le hubiera dejado infaliblemente en manos de los contrarios, á no haber sido por la generosa adhesion de los oficiales de su acompañamiento, que se arrojaron entre él y sus perseguidores, y le dieron tiempo para escapar, sacrificando su propia libertad á la salvacion del príncipe.

Mas estos combates ineficaces no podian cambiar el aspecto de la fortuna. El duque de Lorena consiguió en esta campaña y en las dos siguientes hacerse dueño de todo el rico territorio del Ampurdan, al nordeste de Barcelona. En la misma capital sus prendas verdaderamente reales y su popularidad le daban la mas ilimitada influencia. Era tal el entusiasmo por su persona, que cuando salia en público, el pueblo se agolpaba á su alrededor, abrazando sus rodillas, los jaeces del caballo y aun el mismo animal, con verdadera locura; y hasta se dice que las señoras empeñaban los anillos, collares y otras joyas de su adorno, para contribuir á los gastos de la guerra⁴⁷.

El rey D. Juan entre tanto apuraba el cáliz de la amargura. En el invierno de 1468 la reina su mujer, D.^a Juana Henríquez, murió víctima de una dolorosa enfermedad que habia ido destruyendo poco á poco sus fuerzas hacia algunos años. Bajo muchos aspectos fué esta la mujer mas notable de su tiempo: tomó una parte activa en la política de su marido, y aun puede decirse que la dirigió; manejó diferentes negociaciones diplomáticas importantes, llevándolas á feliz término, y lo que fué mas extraordinario en su sexo, desplegó gran capacidad en los negocios militares. La persecucion contra su hijastro Carlos dejó una mancha profunda en su memoria, y fué tambien la causa de todas las desgracias sucesivas de su marido. Sin embargo, con su ánimo invencible y los recursos de su genio hallaba los mejores medios para vencer muchas de las dificultades en que habia envuelto al rey, y su pérdida en esta ocasion parecia que dejaba á D. Juan á la vez sin consuelo y sin apoyo⁴⁸. Juntábansele por entonces (como se verá en el

47 Villeneuve Bargemont, Historia de Renato, t. II, pp. 182, 183.—L. Marineo, fol. 140.—Zurita, Anales, t. IV, fol. 153, 164.—Abarca, Reyes de Aragon, t. II, Rey 29, cap. 7.

48 Alonso de Palencia, Crónica, MS., parte 2, cap. 88.—L. Marineo, Cosas memorables, fol. 143.—Aleson, Anales de Navarra, t. IV, p. 609.—Se dijo que la reina habia muerto de un cáncer. Segun Aleson y algunos otros escritores españoles, se la oyó esclamar diversas veces en su última enfermedad, aludiendo, segun suponen, á su asesinato

PARTE I. capítulo siguiente) las dificultades de las negociaciones que traía para el casamiento de Fernando, que le iba á privar en gran parte del auxilio de su hijo para la contienda con sus súbditos, y que por otro lado exigía nuevos gastos, cuando, según él decía lamentándose, apenas contaba con trescientos *enriques* en sus arcas.

Se mejora el estado y perspectiva de D. Juan. Pero como se dice comunmente que la hora mas oscura es la que precede á la aurora, así parecía que iban á despejarse los negocios de D. Juan. Un físico hebreo, que por aquel tiempo hacia casi tráfico exclusivo de toda la ciencia médica en España, hallándose el rey en Lérida, le persuadió á que se sometiera á la operacion, para entonces extraordinaria, de batir la catarata, y consiguió restituírle la vista en uno de los ojos. Y como el judío, siguiendo la costumbre de los árabes, cubria su ciencia verdadera con el manto de la astrología, rehusaba hacer la operacion en el otro, porque según decía, los planetas tenían mal aspecto. Pero el carácter duro de D. Juan era inaccesible á las miedosas supersticiones de su tiempo, y obligó al físico á repetir la operacion, que tuvo el mejor resultado. Restituidas así al gefe octogenario, que tal podia ya llamarse, sus facultades naturales, volvió á adquirir su actividad ordinaria, y se preparó á renovar las operaciones ofensivas contra el enemigo con toda su energía acostumbrada ⁴⁹.

El cielo también, cual si se moviera á misericordia por el cúmulo de desgracias reunidas sobre este anciano, quitó ahora el principal obstáculo que se oponía á sus fines con la muerte del duque de Lorena, que fué llamado del teatro de sus breves triunfos el día 16 de Diciembre de 1469. Los barceloneses se encontraron sumidos en la mayor consternacion por la muerte de su gefe, atribuida como se acostumbraba á veneno que le dieran, aunque sin fundamento probable; y demostraron el respeto que tenían á su memoria haciéndole exequias

de Carlos: "¡Ah Fernando! ¡cuán caro has costado á tu madre!" No hallo noticia de esta inverosímil confesion en ningun autor contemporáneo. *

* Nuestros historiadores mas juiciosos no han dado crédito á la voz comun de que D. Carlos muriera por veneno. Las palabras que aquí se suponen dichas por D.

49 Mariana, Historia de España, lib. 23, cap. 12.—L. Marineo, Cosas memorables, fol. 141.—Alonso de Palencia, Crónica MS., cap. 88.

Juana, aunque fuese cierto que las dijera, nada probarian, porque podian referirse á muchas cosas, y en particular á su enfermedad.—(N. del T.)

verdaderamente reales. Su cadáver suntuosamente adornado, con su espada victoriosa al lado, le llevaron en solemne procesion por las calles de la ciudad, que estaban iluminadas; y despues de tenerle nueve dias de cuerpo presente, le depositaron, en medio de los lamentos del pueblo, en el panteon de los soberanos de Cataluña ⁵⁰.

Como el padre de aquel príncipe era demasiado anciano y sus hijos muy jóvenes para que pudieran ayudar eficazmente á la causa de los catalanes, podia decirse que éstos se hallaban otra vez sin gefe. Pero no se abatió su ánimo, y con la misma energía con que rehusaron someterse mas de dos siglos despues, en 1714 teniendo á las puertas de su capital las fuerzas reunidas de Francia y España, rechazaron las proposiciones de conciliacion que les fueron hechas repetidamente por D. Juan. Habiendo empero conseguido este monarca, mediante extraordinarios esfuerzos, reunir un ejército suficiente, iba con su acostumbrada celeridad ganando las plazas de la parte de levante de Cataluña, que se habian pasado á la causa del enemigo, al mismo tiempo que puso riguroso bloqueo á Barcelona por mar y tierra. Las fortificaciones de la plaza eran buenas, y el rey no queria esponer á una ciudad tan magnífica á los terribles horrores de un asalto. Los habitantes hicieron vigorosos esfuerzos en una salida contra las tropas del rey; pero fué derrotada la milicia cívica; y la pérdida de cuatro mil hombres, entre muertos y prisioneros, les hizo conocer que no podian resistir á los veteranos de Aragon ⁵¹.

Por último, reducidos á la mayor estreñidad, consintieron entrar en avenencia, que fué concluida por un tratado honroso para ambas

50 Villeneuve de Bargemont, Historia de Renato, t. II, pp. 182, 333, 334.—L. Marineo, Cosas memorables, fol. 142.—Alonso de Palencia, Crónica, parte 2, cap. 39.—Zurita, Anales, t. IV, fol. 178.—Segun monsieur de Villeneuve Bargemont, habian ofrecido la mano de la princesa Isabel al duque de Lorena, y el enviado que habia venido para hacer saber la aceptacion, al llegar á la corte de Castilla, recibió de boca de Enrique IV la primera noticia de la

muerte de su amo (t. II, p. 184). Debió saber con no menor sorpresa que Isabel estaba ya casada en aquel tiempo hacia mas de un año. Véase la fecha del documento oficial del matrimonio en las Memorias de la Academia de la Historia, t. VI, apéndice núm. 4.

51 Alonso de Palencia, Crónica MS., parte 2, cap. 29, 45.—Zurita, Anales, t. IV, fol. 180, 183.—Abarca, Reyes de Aragon, Rey 29, cap. 29.

PARTE I. partes. Se estipuló que Barcelona conservaría todos sus privilegios y derechos jurisdiccionales, y salva alguna escepcion sus vastas posesiones de territorio; que se concedería un olvido general por lo pasado; que á los mercenarios extranjeros les seria permitido salir con seguridad; y que los naturales que no quisieran renovar su obediencia al soberano en el término de un año, quedarían en libertad de marcharse con sus bienes adonde les pareciera. Un pacto se añadió bien singular despues de lo que habia ocurrido: se convino que el rey mandaria pregonar por todos sus dominios que los barceloneses eran buenos, fieles y leales súbditos, lo que en efecto se cumplió.

El rey, despues de ajustados los preliminares "y habiendo rehusado aceptar (dice un contemporáneo) el carro triunfal que se le habia preparado, entró en la ciudad por la puerta de San Antonio, á caballo en su blanco corcel de batalla; y en su tránsito por las calles principales, viendo tantos rostros pálidos y estenuados en que se pintaban los horrores del hambre, su corazon se llenó de dolor. Fué luego al salon del palacio, y á 22 de Diciembre de 1472 juró solemnemente guardar los fueros y libertades de Cataluña⁵².

Así concluyó esta larga y desastrosa guerra civil, fruto de la injusticia y opresion paternal, que pudo costar al rey de Aragon la parte mas hermosa de sus dominios, que le condenó á la inquietud y á los cuidados por mas de diez años en el periodo de la vida en que es mas grato y necesario el reposo, y que abrió la puerta á las guerras con extranjeros, las cuales continuaron pesando como negra nube sobre el declive de los dias de aquel rey. Produjo sin embargo un resultado importante: el de fijar la sucesion de Fernando en todos los dominios reunidos de sus mayores.

52 L. Marineo, Cosas memorables, 187, 188.—Alonso de Palencia, Crónica fol. 144, 147.—Zurita, Anales, t. iv, f. ca MS., parte 2, cap. 1.

CAPÍTULO III.

REINADO DE DON ENRIQUE IV DE CASTILLA.—GUERRA CIVIL.—

MATRIMONIO DE DON FERNANDO CON DOÑA ISABEL.

1454—1469.

Enrique IV defrauda las esperanzas que de él se habian concebido.—Opresion del pueblo.—Liga de los nobles.—Estraordinarios sucesos de Avila.—Crianza de Isabel.—Muerte de su hermano D. Alonso.—Anarquía en Castilla.—Ofrecen la corona á Isabel.—Esta la rehusa.—Pretendientes á su mano.—Isabel se decide por D. Fernando de Aragon.—Contrato matrimonial.—Crítica situacion de Isabel.—D. Fernando entra en Castilla.—Casamiento de estos príncipes.



ENTRE tanto que ocurrían en Aragon los turbulentos sucesos que se han referido, en Castilla la infanta Isabel, cuyo nacimiento se mencionó al final del capítulo primero, estaba viviendo en sus juveniles años rodeada de escenas casi no menos tumultuosas. Cuando nació, la perspectiva de que sucediera en el trono de sus mayores se presentaba aun mas lejana que la de Fernando á heredar el de los suyos; y es interesante ver por qué medios, y con qué serie de estraordinarios sucesos, tuvo á bien la Providencia traer este resultado, y con él la union, por tanto tiempo dilatada, de las grandes monarquías de España.

El advenimiento al trono del hermano mayor de Isabel, Enrique IV, fué saludado con un entusiasmo correspondiente al disgusto que habia producido el largo y desastroso reinado de su predecesor. Al-

CAP. III.

Popularidad de D. Enrique IV.